

ARGUMENTOS

*Antonio Machado y el pensamiento (y III)**

JULIÁN MARÍAS

H

emos visto en los dos anteriores artículos que los ejemplos de escenario o circunstancia se podrían multiplicar porque son casi constantes en Antonio Machado. Desde su primer poema.

“Está en la sala familiar, sombría,
y entre nosotros, el querido hermano...,
nos acompañan siempre:
Tierra le dieron una tarde horrible
del mes de julio, bajo el sol de fuego”,

o bien:

“Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de lluvia tras los cristales”.

A veces, la sustancia misma del poema está ya dada, como en cifra, en la “acotación” de su escenario:

“Fue una clara tarde, triste y soñolienta
tarde de verano. La hiedra asomaba
al muro del parque, negra y polvorienta.
La fuente sonaba”.

*ABC, 25. VII. 1996.

Todo esto sin salir de los versos de los primeros años.

“Este procedimiento de crear una circunstancialidad en el poema sirve para darle un carácter vivido, y prestar concreción a las cosas nombradas en él, que no son objeto de una mera mención abstracta —como tal sin valor poético—, sino ‘denominadas’ y traídas así eficazmente a presencia”.

La visión de Castilla tiene un carácter a la vez dramático y circunstancial, hasta el extremo de incluir el camino por el cual el poeta llega al punto de vista desde el que contempla la ciudad y el paisaje, el río, y luego, desde esa perspectiva real, imagina lo que está más allá, hasta el mar remoto e invisible, o la historia pasada. Y esto culmina en que su poesía está afectada por el amor, sobre todo por el amor dolorido por la muerte de Leonor. Dije ya entonces que la poesía de Machado no era “amorosa”, sino “poesía enamorada”, impregnada, condicionada, vivificada por el amor que es su supuesto. Y algo semejante se podría decir de la dimensión religiosa de su poesía, nunca explícita, solamente alusiva, más bien tonalidad o clave subterránea de los poemas que pudorosamente tocan la gran cuestión.

Tal vez el ejemplo más puro e intenso es aquel poema en que Antonio Machado roza la imaginación de la pervivencia, de la vida perdurable. No se esperen razonamientos, argumentos, tesis, lo que podría ser propio de la filosofía o la teología. Ni siquiera se va a deslizar a los aforismos en que se enuncian afirmaciones aisladas, que pueden ser verdaderas, pero a las cuales falta la justificación en que el pensamiento “teórico” consiste. El suyo es otro, literario, concretamente poético, pero no se dude de que es pensamiento. ¿Qué hará Antonio Machado? Solamente una cosa, preguntar:

“¿Y ha de morir contigo el mundo mago
donde guarda el recuerdo
los hálitos más puros de la vida,
la blanca sombra del amor primero,
la voz que fue a tu corazón, la mano
que tú querías retener en sueños,
y todos los amores
que llegaron al alma, al hondo cielo?
¿Y ha de morir contigo el mundo tuyo,
la vieja vida en orden tuyo y nuevo?
¿Los yunques y crisoles de tu alma
trabajan para el polvo y para el viento?”

¿Quién responde? El eco que deja en el alma la pregunta misma. No parece posible que nadie se atreviera a contestar en serio: Sí.

Creo que este maravilloso poema explica, mejor que cualquier otro texto, lo que entiendo por “pensamiento literario”. Machado, ante una “cuestión”, no la plantea en términos intelectuales, no considera los modos de realidad, no se pregunta por las dificultades o las posibilidades teóricas de una supervivencia, de una vida tras la muerte. Pienso en lo que hice hace algunos años, en mi libro *La felicidad humana*, en el capítulo titulado “La imaginación de la vida perdurable”. Allí, partiendo del conocimiento teórico, rigurosamente intelectual,

que hoy poseemos, de lo que es la vida humana, traté de imaginar cómo “podría” ser la vida en circunstancias radicalmente distintas, con la seguridad de que no será así, pero con la evidencia intelectual de su posibilidad, de su coherencia con lo que efectivamente sabemos de nuestra vida personal. Se trata, pues, de la delimitación de un campo de posibilidades, sin contradicción con lo que teóricamente poseemos, es decir, con respeto a la estructura de nuestra vida.

Lo que hace Machado es algo bien distinto. Evoca líricamente lo que es más en verdad, en su intensidad y pureza, lo que es vivir, lo que ha sido para él. Trae a la memoria las notas en las que se reconoce como tal, podríamos decir las señas de identidad de su vida. Imagina si tendría “sentido” su destrucción, su aniquilación, porque de eso se trata. Dicho con otras palabras, hace un planteamiento “imaginativo” de la cuestión, que es lo que corresponde a la visión literaria, poética, de la situación vital que se le impone a la consideración.

El resultado es la visión de lo que significaría la destrucción de la vida personal. No se trata de biología, de la muerte corporal o incluso psíquica, sino de la vida biográfica, de lo que uno ha hecho y le ha pasado, de lo que ha tenido un valor tal, que su eliminación no es aceptable. El pensamiento literario de Antonio Machado lo lleva a descubrir la “inverosimilitud” de la aniquilación con la muerte. No prueba nada, no intenta ninguna demostración conceptual. Ese poema es una llamada a la evidencia de lo que “sería” la muerte personal. Y, como es justo, se limita a la interrogación. No hay “conclusión”, porque no hay un razonamiento. La respuesta es la pregunta misma. Siempre he creído que la filosofía consiste en hacer las preguntas radicales; si esto deja de hacerse, se ha abandonado la filosofía; pero la filosofía exige el intento de responder a ellas. El pensamiento literario puede dejarlas colgando, diríamos temblando, estremeciéndose en la vibración de la pregunta que con su misma formulación lírica postula una respuesta emocional, una manera de convicción que no es teórica, que no se justifica pero puede ser justa.